

## MEMORIAS DEL MADRID VIEJO

## EL ÚLTIMO REFUGIO

QUIÉN, al deleitarse en un paseo por el de Rosales, y después de contemplar la maravilla del paisaje, al volver la vista hacia la acera de las viviendas dirá que entre aquellos hoteles suntuosos hay un sencillez y recoleto monasterio. Así es, sin embargo, y no de los conventos menos famosos, ciertamente.

Así como la Concepción Jerónima, con los restos de su fundadora doña Beatriz Galindo, hallase hoy día en el barrio más moderno de la corte, en la calle de Velázquez esquina a la de Lista, y las monjas de Maravillas no están ya junto a Montealeón, sino en la calle del Príncipe de Vergara, en pleno paseo de Rosales, y junto a un lugar de diversión y bullicio profanísimo, tienen actualmente su conventual residencia las Comendadoras de la Concepción Real de Calatrava.

Mal cuadra, en verdad, la magnificencia de la iglesia de la calle de Alcalá, que lleva el nombre de la Orden, y donde se reúne el capítulo de sus caballeros con el de Alcántara y Montesa, si se compara con la mansión reducida y casi miserable que ocupan las señoras que un día tuvieron su casa conventual aneja al templo que ha prevalecido contra los ataques de los tiempos más que contra los del tiempo.

Va tan unido a la historia y a la tradición españolas el nombre de la Orden de Calatrava, que no es posible contemplar el último refugio de sus comendadoras sin evocar la memoria de la edad en que merecieron mejor aposentamiento y el cuidado y la predilección de los príncipes. Que aún hallándose en poblado y en el recinto de una gran ciudad, no parece sino que han vuelto a los primitivos tiempos en que se hallaron las Calatravas en el despoblado de San Salvador de Viñilla, en el obispado de Sigüenza.

Por ventura tuvieron y como merced grandísima del prudente rey D. Felipe II, cuando por cédula fechada en San Lorenzo a 9 de septiembre de 1576 pudieron pasar a la villa de Almonacid de Zurieta. Pero vino tal quebranto a su hacienda y era tan extrema la necesidad que llegaron a padecer aquellas religiosas, que, llegada el año de 1623, y viendo que el Consejo de las Ordenes, al que habían recurrido, dilataba la providencia que podía remediarlas, la abadesa, que entonces era doña Jerónima de Velasco, hermana de Juan Ruiz de Velasco, ministro confidente que fué de Felipe II, acompañada de doña María de Jesús, determinó a venir a la corte para dar cuenta a la Majestad del nuevo rey, Felipe IV.

Y aconteció, por cierto, que cuando estaba a la puerta del convento apercibido el carro que había de conducirlos a Madrid, movióse tal tempestad, que la abadesa, quien se disponía a abandonar el convento sin licencia, atemorizóse, pensando que la tormenta era un aviso del cielo, enojado por el paso que iba a dar; y en tal aflicción hubo de acudir a una imagen de la Virgen que tenía con mucha devoción en el convento, y echándose a sus pies, exaltando el fin de necesidad que la obligaba a hacer el viaje, advirtió como cosa de maravilla

que muy luego cesó la tempestad, y serenándose el cielo, cobró ánimo doña Jerónima, poniéndose inmediatamente en camino con su compañera. Nuevamente obróse un prodigio a su paso, y fué que viniendo muy crecido un arroyo que ha-

venía a decirle la culpa en que habían incurrido viniendo sin licencia; pero que era tan extrema la necesidad padecida por la comunidad, que se había visto obligada a buscar el remedio, y lo hallaba en la piedad de tan piadoso soberano.

to en el Real Convento de Santa Isabel, desde donde pocos días después, el 5 de noviembre, trasladáronse a su nueva casa, que estaba en la calle de Atocha, por bajo de Antón Martín. Hízose este tránsito con grande ceremonia, en una procesión que abrían los niños de la Doctrina y los Desamparados, viniendo después los Religiosos, por su orden, aunque sin insignia ni prestes; al remate, la cruz de San Sebastián, que era la parroquia, y gran frecuencia de señores detrás. Seguía luego el estandarte de la Orden, bordado con el misterio de la Encarnación, por una punta, y por otra, las armas reales, y encima, la cruz de Calatrava. Llevábase el duque de Cea, el marqués de Velada y otro título, con sus mantos de la Orden; detrás iba el guión del cabildo de curas y beneficiados, siguiéndole los capitulares, llevando en medio a las monjas, de una en una, entre dos caballeros de la Orden, con sus mantos.

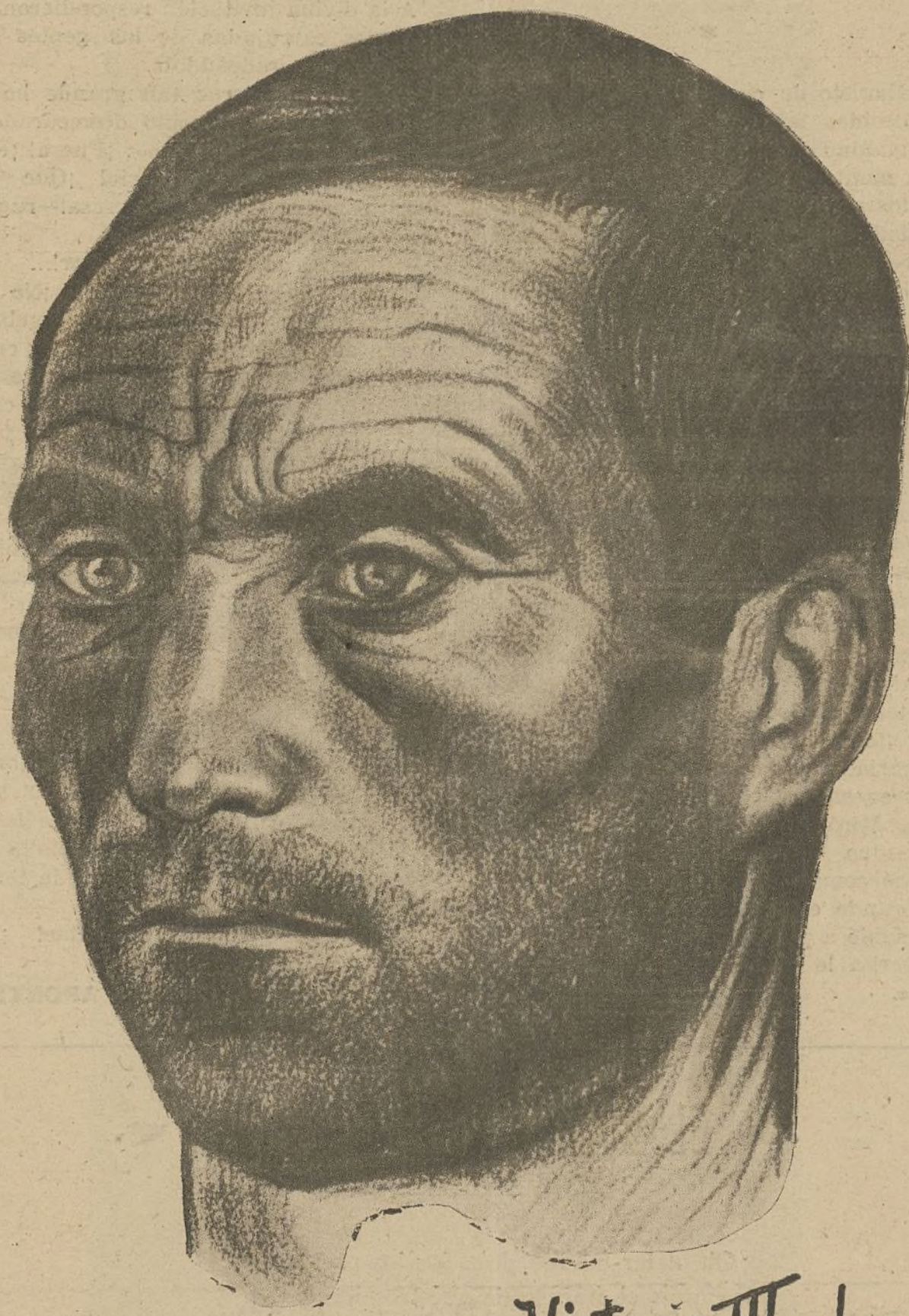
Iban las religiosas arrastrando la falda del hábito, con un velo negro las profesas y blanco las novicias, sobre el rostro, con una vela encendida en la mano y la cruz de Calatrava en el pecho. Al final, venía la abadesa con su báculo pastoral, en medio del conde de Olivares y otro grande, llevándole la falda una freyia. Detrás iba un gran número de caballeros del hábito de Santiago y de Alcántara, sin mantos y con hachas encendidas, alumbrando al Santísimo Sacramento, que llevaba el patriarca de las Indias, D. Diego de Guzmán, sosteniendo el palio los frailes de Calatrava con capas de oro, y detrás, el presidente y Consejo de las Ordenes, con cirios encendidos. En la iglesia del nuevo monasterio aguardaba la majestad de Felipe IV, para recibir a todo este cortejo solemnísimos.

Poco tiempo permanecieron en esta residencia, pues muy pronto compraron en la calle de Alcalá, por bajo de las monjas Vallecas, y al lado de la calle Ancha de los Peligros, el lugar para su nueva mansión y templo en las casas del marqués de Robledo de Chavela, que habían sido, como otras tantas de la corte, testigo de las galantes licencias del monarca. Más duradero que ningún otro de sus alojamientos fué este donde aun se salvaron de las excomuniones de Mendizábal, pero no pudieron salvar su edificio conventual más allá de la revolución de septiembre. También estuvo amenazada la iglesia; pero el empeño de la duquesa de Prim en que fuera conservada ha permitido que permanezca en pie ese templo bello y elegante que decora y embellece ese trozo hermosísimo de la calle de Alcalá.

Y por un azar de la suerte las dueñas de la iglesia, después de cien vicisitudes, han ido a parar, muy lejos de ella, a una morada inverosímil. Y allí están las dos o tres viejecitas que deben de formar al presente toda la Comunidad; allí están disipando su espíritu con el bullicio de las noches veraniegas y los conciertos de la banda municipal, que toca delante de sus celosías, y todo el año, con la musiquilla liviana de los bailes de moda, en la casa inmediata, que no es, por cierto, de recogimiento y oración.

Pedro de REPIDE

### LOS TIPOS DE LA RAZA



Victorio Macho

EL NIETO DE SANCHO, DIBUJO ORIGINAL DE VICTORIO MACHO

bían de pasar, menguó de improviso, dándoles paso franco y sin peligro.

Llegaron, finalmente, a la corte y halláronse con el contratiempo de saber que el rey estaba en Aranjuez. Siguiéron su marcha hacia el Real Sitio, y entonces aconteció que el Consejo de las Ordenes, que no había tenido diligencia para resolver lo que con tanta urgencia pedían las monjas, sintióse acometido de la mayor presteza para enviar tras ellas gentes que las detuvieran, cosa que no lograron, pues ya la abadesa y su compañera habían conseguido llegar salvas a la presencia del monarca.

Postradas ambas ante él, díjole doña Jerónima que, como a su prelado que era,

Y no tuvo error en acudir directamente al rey con la demanda, pues, como pedían, les dió medios para trasladarse.

Vinieron a últimos de octubre, y por cierto que se habló del hecho maravilloso de que en los días inmediatos a su salida de la casa de Almonacid de Zurieta, las campanas del convento que dejaron tocaron solas y con fúnebre son, como solían ser tañidas en el aniversario de los difuntos. Túvose ello como triste augurio y fué confirmado el vaticinio, pues en los primeros dos años y medio que llevaron en Madrid, fallecieron siete religiosas.

Hallaren por de pronto aposentamien-



CUENTO DE POST-GUERRA

# ¡YO SOY EL CRISTO!

Y sintió la nostalgia de la frente sangrante bajo la corona de espinas, y de las manos y los pies trucidados dolorosamente por los clavos que le sujetaron a la cruz, en el monte de las calaveras. Porque un vasto cataclismo había conmovido los cimientos del mundo y una lluvia de hierro, candente por el fuego del odio destructor, había arrasado las cosechas, y el bíblico alfó estabá vacío; y los místicos corderos que El apacentara en Galilea aparecían ahora despanzurrados sobre el valle verde, ahogando aún, en las mansas pupilas muertas, la figura luminosa del Pastor de Nazaret, cuya dulce flauta creyeron oír cuando sus vidas se iban apagando lentamente...

Calló la voz tonante de los cañones; los cascos del corcel de la Muerte amortiguaron el trágico repiquetear del vertiginoso galope. Ya por los caminos de Occidente no se veían las interminables comitivas de innumeros ejércitos, ni turbaban el azul del día los aviones, vomitando llamas sobre las ciudades; ni las aguas envolvían envueltos en sudarios de nevados encajes ecúreos los cuerpos hinchados de los naufragos, que a millares arrojaban antes a las playas. Pero los talleres estaban mudos y sin brazos, sin mieses los campos, las madres sin hijos, sin esposos las mujeres, llorosas y enlutadas. Un clamor universal subía al cielo, y tras el clamor hubo un largo silencio de esperanza...

En este silencio escrutaron los ojos del Rabí las duras entrañas de los hombres, creyendo ver en ellas un nuevo afán de redención. Y fué entonces cuando, apiadado, sintió nostalgia de la cruz y de las espinas, de la hiel y el vinagre, de los insultos de los fariseos y de la lanzada de Longinos...

Y tornó a ser hombre y peregrinó...

★

¡Con qué inmensa tristeza contempló el peregrino los santos lugares donde transcurrió su vida y fluyó de los divinos labios el raudal de la verdadera doctrina, como en río armonioso de leche y miel espirituales! ¡Cómo el sembrador de la parábola había sembrado en el camino y entre zarzas y pedregales, y las aves del cielo comieron la simiente, y las zarzas la ahogaron y se mustió entre piedras, porque no tenía raíces!... ¡Judá y Galilea, tan amadas del Maestro, habían sido estériles a su simiente!...

Atravesando la Siria, la Mesopotamia y la Armenia, iba a penetrar en Europa por la antigua Escitia, y en aquel punto del Cáucaso donde murió encadenado Prometeo, el precursor aún volvió el rostro, lívido bajo la barba y la melena nazarenas, para contemplar la tierra predilecta; y más que ver, sus ojos, nublados por las lágrimas, añoraron las visiones tan lejanas en el Tiempo y la Distancia.

¡Torres y cúpulas de Jerusalén y Efraín, de Tiro y de Sidón, de Sichén y Damasco! ¡Valle ecológico del Cedrón, palmeras de Samaria, olivares oscuros de Josafat, sicomoros del Monte Tabor y cedros del Líbano! ¡Idílicas aldeas de Belén, Getsemaní y Nazaret! ¡Riberas fecundas del Jordán y lago azul de Tiberiades, donde tantas veces florecieron los lotos del Milagro!...

Un halo luminoso nimbaba su cabeza, y la blanca túnica, ondulante al ritmo de su paso, que fecundaba los caminos, parecía envolverle en una sobrenatural claridad; pero los hombres no le conocían...; todos tenían en los labios el

nombre de Cristo; mas Cristo estaba ausente de sus corazones.

Y así, andando, andando siempre, desde que se encendían las rosas de la aurora hasta que la noche hollaba las violetas del crepúsculo, corrió aldeas, pueblos y ciudades, dando luz a los ciegos, voz a los mudos, sanando leprosos y paralíticos... Y los hombres no creían... ¡Ni siquiera se asombraban! ¡Casualidad!—decían—. ¡Estaba tan adelantado el arte de curar!...

Resucitó de nuevo a la hija de Jairo; de nuevo dijo a Lázaro: «¡Levántate y anda!» Y Lázaro se levantó y anduvo. Entonces la gente comentó: «¡Bah! Un sencillo caso de catalepsia...

Algunas mujeres sintieron a su presencia renacer la llama viva de la fe, y le siguieron; también le acompañaban algunos hombres, astrosos como mendigos, a quienes llamaban despectivamente Poetas aquellos que así entrarán en el reino de los cielos como un camello pasa por el ojo de una aguja...

★

Exhausto de cuerpo y de espíritu, recrudescidas las llagas de la Pasión por la maldad de los hombres, sobre una alta montaña descansaba Jesús, rodeado de los suyos. En la ladera levantaba la ciudad la altivez de sus torres y la gótica crestería afligranada de la catedral, y en lo hondo del valle, un ejército de activos obreros trabajaba anímo en una extraña obra. El Maestro preguntó: «¿Qué hacéis?» Y como nadie respondiera, volvió a fijar sus pupilas en el espectáculo.

Enormes grúas, tractores eléctricos y sierras mecánicas alzaban, conducían y cavaban ensamblajes en gruesos troncos de árboles milenarios; iban y venían los obreros de una a otra parte bajo la dirección de los arquitectos; juntaban las maderas, combinándolas, y claveteaban afanosos. Creyó el Rabí comprender y se alegró en su corazón, porque la obra iba tomando lentamente la forma de una gigantesca cruz. El Padre había oído su plegaria, y por segunda vez iba a derramar su sangre para redimir a los hombres. Miró con delectación a sus acompañantes. ¿Cuál de ellos sería Judas? Y oró como en el Monte de las Olivas, esperando el beso de traición; pero nadie subió a prenderle ni con untuosa voz hipócrita le llamó «Maestro» para delatarle.

Entregábase El mismo. Y bajó al valle por la escarpada ladera. La escena abajo era distinta; los que dirigían la construcción tocaban sus testas con fulgantes coronas de oro y piedras preciosas o con gorros frigos, de viva escarlata. ¡Allí estaban Caffás, Pilatos y los príncipes de los sacerdotes hierosolimitanos! Los que parecían sus inferiores jerárquicos cubrían la ruindad de sus pechos con bandas de diversos colores; pronto los reconoció el mártir del Gólgota. Eran los exégetas y doctores de la ley. ¡Escribas y fariseos! Y por último, en la multitud que trabajaba afanosa, vió a los soldados de Tiberio, al populacho, ébri de sangre de Judea y adivinó los rostros vengativos de los mercaderes que un día arrojara del templo a latigazos...

—¡Soy Jesús Nazareno! ¡El que se llama Rey de los judíos!—exclamó en alta voz—. ¡Vengo a lavar con mi sangre vuestros pecados!... ¡Heme aquí! ¡Prendedme! ¡Crucificadme!...

A la divina invitación respondieron las brutales carpajadas de las gentes que se apiñaron rodeándole.

—¿Cómo una cruz tan grande ha de ser para ti, hombrecillo desmedrado y presuntuoso?—le dijeron—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Echadle! ¡Está ébri! ¡Que nos deje terminar nuestra empresa!—rugían los mercaderes.

—¡E un loco, un embaucador!...

... Y Jesús se alejó llorando. ¡No había redención posible para los hombres! Y aun amargó sus lágrimas el más cruel de los sarcasmos: de las cien torres de la ciudad llegó al llano un vuelo de campanas; retumbaron las salvas de artillería en las concavidades de las montañas, y se oyeron lejanas músicas que celebraban la Resurrección... en tanto que aturdía el estruendo de la colosal maquinaria y los pesados martillos claveteaban los leños donde había de extender los brazos, agonizante, la Humanidad crucificada!...

... Y acaso, cualquier día, se os narrará que un sabio, un soñador o un poeta, a quien, como a Don Quijote la de los de caballería, trastornó el juicio la lectura de los libros santos, cruzó la tierra clamando:

—¡Crucificadme! ¡Crucificadme! ¡Yo soy el Cristo!

Adolfo APONTE

¡MANOS A LA OBRA!

# EL TACTILISMO

El pontífice del futurismo — un futuro... imperfecto — acaba de realizar otro maravilloso invento.

El arte plástico del tacto. Hay valores táctiles de piedras, metales, mármoles... «Boccioni, escultor futurista, sentía táctilmente.» Divaguemos.

La vista engaña, y los mejores críticos, es decir, los más esculturales, serán los ciegos de nacimiento, si no es que también la lógica del porvenir va a ser al revés de la presente.

Y los que no sean ciegos, o cuando menos tuertos, o, en último caso, modestamente reparados, si quieren enterarse de una estatua, de un grupo, de un relieve, cerrarán los ojos y echarán una mano.

Lo primero que habrá que hacer en las salas dedicadas a la escultura en una Exposición será suprimir el consabido cartelito que prohíbe tocar los objetos.

Por el contrario, esa advertencia se sustituirá por otra que aconseje a los visitantes deseosos de apreciar y admirar las obras la libre e ilimitada manifestación.

Toquen, señores; palpen, urguen, soben, parcheen los barro, los mármoles, los bronce artísticos, porque en el tacto reside la emoción estética. Todo eso lo tienen ustedes a la mano. Pero no imiten a Pilatos. Lávense antes.

¿Se podrá confiar en la justicia de los premios y las recompensas? ¿Se adjudicarán las medallas del certamen a los expositores que verdaderamente las merezcan?

¡Quién sabe! Acaso los señores del Jurado, ampliando el nuevo sistema crítico, se descuelguen con el facto de codos y sigan haciendo de las suyas.

Lo que puede darse por seguro es que en los días de moda amenizará la Exposición el tango de los tientos, y será declarado el himno oficial de la escultura.

Hasta quizá la estatua de alguna nueva Galatea se anime, como la de Pigmalión, y se arranque con la copla del sudoroso tango que es himno, o himno que es tango:

Me tiraste cuatro tientos por ver si me blandebas...

El sistema tendrá, además, una insospechada virtud. La de la conservación y aun la restauración de las obras por medio del masaje.

A fuerza de tactarla, ¿no podría, por ejemplo, recobrar los brazos la Venus de Milo? Sería cuestión de paciencia y de dedos. Todas estas cosas se derivan de la escuela del tactilismo, como la llama su inventor, y aún hay alguna otra que yo, que también soy algo futurista, aunque me esté mal el decirlo, me atrevo a profetizar.

Me refiero a la creación del Cuerpo técnico de los tactilógrafos, únicos y exclusivos encargados por el ministerio de Bellas Artes para llevar la mano oficialmente y abatir o plantarse con o en sus juicios sin ulterior apelación.

Ahora, que pudiera ocurrirles lo que al gitano ciego de nacimiento, que también era un tactilógrafo y con sólo pasarle la mano por el lomo declaraba el color del pelo del caballo.

Pero acertar, no acertaba nunca, ni por casualidad.

Futurista completo. Esperemos ahora que, siguiendo el futurismo sus descubrimientos, el dibujo se aprenda de oído, como el acordeón, y la música se cante con la venencia, como los vinos de Jerez.

GIL IMON

# EL DOLOR DE LOS POETAS

¡Oh, dolor infinito de todos los poetas, que lloráis el fracaso de vuestros ideales! ¡Qué bien sabéis vosotros esas ansias secretas que sufren vuestras pobres almas sentimentales!

Vuestra misión es triste, triste como ninguna. ¡(Qué mal riman los versos con el plebeyo enjambre!) ¡Sois unos bravos títeres de la mala fortuna, que adoráis a la gloria mientras os mata el hambre!

También, como vosotros, yo soy titiritero en el circo lunático: tended el cable. Quiero que hagamos piruetas. Va a empezar la función.

¡Oh, dolor infinito de todos los poetas! ¡Qué bien sabemos todos nosotros las secretas ansias que por recato se calla el corazón!

Armando BUSCARINI



\*\*\*\*\*

HOJAS SUELTAS DE UN DIARIO CORTESANO

\*\*\*\*\*

## LA RUINA DE UN PRIVADO

Madrid, 10 de diciembre de 1642

El ministro hace algunos días que tiene el rostro de mal color y ha reflejos de ictericia.

No cruza ya las Losas de Palacio con aquella prisa tan bien fingida, como de quien no puede desperdiciar ni un minuto, respondiendo con excusas a los pretendientes, mirando con altanería a las sabandijas cortesanas y a las más luminosas lumbreras de la grandeza de España.

Tampoco las gentes ofrecenle con tanta cordialidad los respetos, y aun alguno que le debe tanto como el cargo con que infló la petulancia y la soberbia dormidas en los desvanes de la ambición, tórname la espalda por ahorrarse el saludo.

Las sátiras que contra S. E. andaban por la villa hasta habrá poco, ya han entrado en los patios del Alcázar, han subido las escaleras, han cruzado las cámaras y han llegado hasta el cuarto del rey.

Ese Portugal perdido, para jamás tornar a pensar en él, y esa Cataluña levantisca, por imprevisión e impolítica de D. Melchor Gaspar, le han hecho tanto daño, que es muy de temer que el hombre esté herido de muerte.

En la reina doña Isabel tiene el peor enemigo; la culpable es la condesa, que desde que consiguió la almohada ha confundido en manera lamentable el cargo de dama de honor con el de celosa carcelera, y ni un punto deja a S. M. libre de su enojosa tutoría.

Madrid, 20 de diciembre de 1642

«Veinte años de tiranía y de soberbia han caído en el vacío esta mañana.

Parece que a S. E. tiende a trocársele el turrón de Jijona en rejalgos de lo fino.

Como ya el príncipe D. Baltasar Carlos (q. D. g.) cumplió los dieciséis años, ha decidido el monarca sacarle de la tutela y cuidado de las damas para ponerle casa.

Ya miró a llevarlo por obra antes de ahora y aun a darle entrada en los Consejos; mas siempre Olivares estuvo a tiempo de malograrle la idea en flor, y ora porque con ello veía deshacerse la privanza como la sal en el agua, que el egregio mozo no parece tener la savia pasiva y necia de su augusto progenitor.

Mirando a este cuidado de poner el rey casa a su primogénito, hizo de su misma mano la lista de la servidumbre que habría de acompañar a S. A., y diólo al conde-duque para que la fuese proveyendo.

Repasóla éste como hasta él entonces tenía por costumbre con todos los papeles, aun viniendo de tan altas manos, y quiso su mala estrella que pudiese reparos a alguno de los nombres.

Quedósele el rey mirando como nunca le había mirado hasta allí, y le habló de esta suerte:

—Estos criados han de servir y no otros; y de aquí en adelante, en cosa que yo determine, no se os ocurra volver a replicarme, porque sentiréis mi enojo.

Era la primera vez que de labios de Su Majestad escuchara tan fuertes razones.

Pidió perdón y prosiguió el despacho.

Al tratar de qué habitaciones fueran buenas para la mejor comodidad de S. A., propuso el privado las del infante cardenal, a lo que, todo descompuesto, hubo de replicar el monarca:

—¿Y por qué no ha de ocupar las vuestras, que son propias para el heredero de mi corona? En ellas estuvo mi padre y estuve yo cuando éramos príncipes. Desocupadlas, pues, inmediatamente y tomad casa fuera de Palacio...

Madrid, 17 de enero de 1643

«Su Majestad ha querido aprovechar el día de hoy, que más que de enero parece de abril, y ha salido de casa. Antes de salir dejó un billete para que le fuese entregado al conde-duque. Más que carta, es cédula de desdén. Dice así:

«Muchas veces me habéis pedido licencia para retiraros y no he venido en dárosela, y ahora os la doy para

que lo hagáis luego a donde os pareciere, para que miréis por vuestra salud y vuestro sosiego.»

El privado, en desgracia, ha recibido la mala nueva sosegada y humildemente, como si la estuviese esperando desde ha días, y esta misma tarde partió para su villa de Loeches.

Madrid, 25 de febrero de 1643

«Ningún duelo ni pesadumbre ha causado en la corte la desgracia de Olivares; antes, con universal regocijo ha sido celebrada, y el pueblo la tiene por una gran fortuna apuntada a su cuenta.

Así y todo, dicen que el rey, en el momento de determinarse a alejarle de su servicio, no le trató con dureza.



RETRATO DEL CONDE-DUQUE DE OLIVARES POR VELÁZQUEZ

za extremada, sino que blandamente pasó a los Consejos noticia de su determinación, fundándola en la poca salud del ministro, y ha consentido en que la condesa siga asistiendo en su cargo cerca de la soberana, que tan mal la sufre por sus impertinencias.

En las puertas del alcázar apareció esta mañana, pegado, un pasquín que decía:

«Ahora serás Filipo el Grande, pues el conde-duque no te hará pequeño.»

Entre el inmenso farrago de papeles que hasta la fecha han salido festejando la desgracia de Núñez de Guzmán, hay uno que, entre otras razones, dice:

«Prometió a V. M., a su entrada, hacerle el monarca más rico del mundo, y después de haber sacado de estos reinos más de doscientos millones en veintidós años, le ha dejado en suma pobreza. Mire V. M. qué bien cumplida palabra.

A V. M. le ha sucedido puntualmente lo que al señor

rey D. Enrique III, que cuando los grandes estaban muy sobrados le servían una espalda de carnero, y aun no se dice de aquel tiempo que faltase la botica de palacio como en esto... En tiempos de su abuelo de V. M. ningún presidente tuvo un cuento de maravedís por salario, ni el consejero más de medio, e iban al Consejo en unas mulas y con un lacayo, teniendo en sus casas unos guardamiecos y lienzos de Flandes que costaban seis reales, y ahora tienen las caballerías más cumplidas que los grandes, y tantas telas de tapicerías ricas, que no son tales las de V. M.; de suerte, que ellos son los grandes de en tiempo del rey D. Enrique.»

Contra estos papeles, y en defensa del conde, hasé publicado uno muy mordaz y atrevido, que dicen que es D. Francisco de Rioja. Intitúlase: *Micandro o antidoto contra las calumnias que la ignorancia y la envidia han esparcido para destruir y manchar las heroicas e inmortales acciones del conde-duque de Olivares después de su retirada...*

Madrid, 20 de enero de 1644

«A los pocos días de estar S. E. en su residencia de Loeches pidió licencia al rey para trasladarse a Toro, y allí, tanto por consideración de la villa como por no perder la mañan y flujos de mando, nombráronle regidor.

Aun en esta quietud dicen que le han perseguido los odios de sus enemigos, que no perdonan medio de provocarle el mismo acabamiento que él hubo de procurar al malaventurado D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias.

Ya es cumplido un año de que cayera en desgracia.

Según dice un mi pariente, que ayer llegó de la famosa ciudad zamorana, está el hombre que no es conocido, de humilde y solícito, y dice el Concejo que nunca hubo en la villa otro regidor más celoso.»

Toro, 24 de julio de 1645

«De mañana llegó correo de la corte; traía para Su Excelencia carta del rey. Con ansia la tomó el conde-duque, y ha sido su lectura golpe de muerte. Tal era el párrafo postrero de la breve misiva:

«En fin, conde, yo he de reinar y mi hijo se ha de coronar en Aragón, y no es esto muy fácil si no entrego vuestra cabeza a mis vasallos, que a una voz la piden todos, y es preciso no disgustarles más...»

Por más de dos horas quedó el triste con el pliego entre las manos; echóse en la cama y llorando pasó el día, dando su muerte por cosa cierta. El once día perdió la razón y dió en no comer; de esta suerte estuvo cuatro fechas, al cabo de las cuales recobró enteramente el juicio y pidió confesarse. El 17 lleváronle la imagen de la Soledad y una canilla de San Ildefonso, que adoró con mucho fervor; pidió luego de comer, y lo hizo con grande exceso, tanto, que aceleró su fin, pues murió el 22, a las nueve de la mañana. Embalsamáronle el 24, sacándole tanta agua como para llenar un cántaro. Dicen que el corazón era de un tamaño asombroso.

No pusieronle mortaja alguna, sino su vestido de corte: calzón y ropilla de seda noguerada, con bordados de oro; botas blancas y espuelas doradas, guantes bordados, sombrero blanco con cuatro plumas auríferas, manto capitular de la Orden de Alcántara y bengala de general.

Llevaron el cuerpo a la iglesia de San Ildefonso y colocáronle en la misma tribuna en que tenía por costumbre de oír misa.

El sábado, 29, le trasladarán a la villa de Loeches, como tenía dicho.

Dios sea con él, que bien lo merece quien desde tan alto dió tan grande y ruidosa caída...

Este nuevo ejemplo de infortunio que ofrece la Historia habrían de mirarlo con propósito de enmienda los que, por hallarse muy arriba, piensan que el mundo es feudo suyo.»

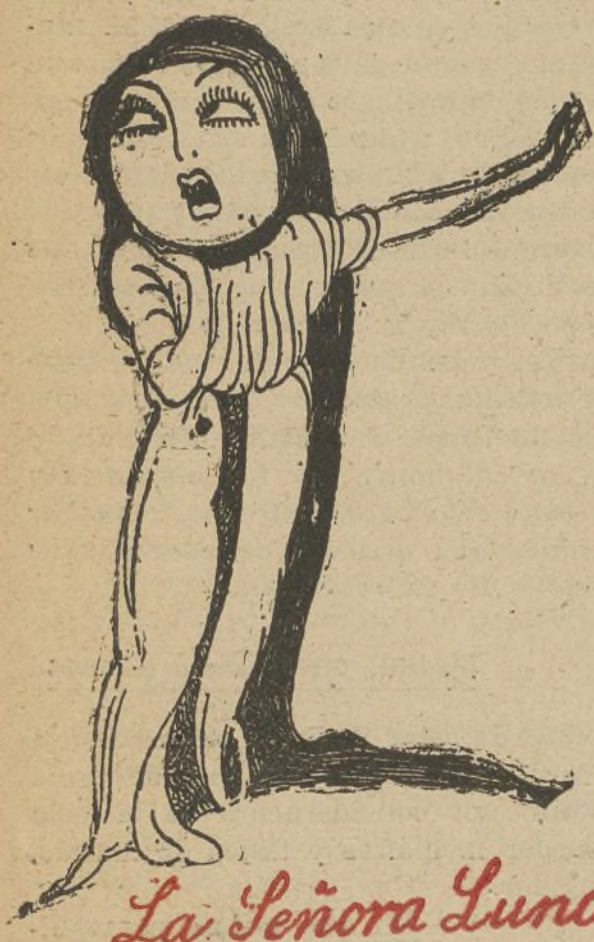
Por el hallazgo de estos pliegos sueltos,

Diego SAN JOSE



# El señor Sol y la señora Luna

ANTIGUAMENTE, el señor Sol y la señora Luna eran los mejores amigos del mundo. El era un buen señor, amable y expansivo con sus amistades, a pesar de



La Señora Luna

su elevada posición; ella, una señorita solterona, pálida, gorda y romántica.

Todas las mañanas y todas las noches, al salir uno y retirarse la otra, se esperaban mutuamente para charlar un rato, cambiando impresiones y comunicándose los últimos acontecimientos.

El señor Sol tenía una hija, llamada Aurora, muy linda y un poco presumida. Estaba tan acostumbrada a que todo el mundo alabase su belleza! Le gustaban los versos, los pipos, y estaba orgullosísima con sus «dedos de rosa».

Aurorita era más activa y diligente que su padre; siempre se levantaba antes que él para abrir las puertas del palacio de Oriente y regar sus flores. También era más progresista, y su gusto hubiera sido que el señor Sol adquiriese un aeroplano o, por lo menos, un automóvil. Pero el buen señor era un chapado a la antigua y seguía efectuando su carrera cotidiana en el mismo carro secular, ya un poco viejo y ridículo.

La señora Luna tenía un sobrino, un lucero de rancia estirpe—se llamaba Lucero del Alba—que era un verdadero niño bien: distinguido, amanerado, bonito y punto menos que tonto.

Un día, el señor Sol tomó una gran resolución: la de casar a su querida Aurora. Para que la niña pudiese escoger marido a su gusto, organizó un gran baile, al que invitó a sus amistades y a los astros más distinguidos del Firmamento.

La señora Luna se puso muy contenta, porque tenía la esperanza de ver realizarse su más cara ambición: casar al Lucero con Aurora y emparentarse así con un personaje tan considerable como era el señor Sol.

Llamó a su sobrino y le recomendó que estuviera muy galante con Aurora, a fin de conquistarla y ser aceptado por marido. El joven Lucero objetó que la tal Aurorita le parecía insoportable con su empacho de poesía y de presunción; pero su tía declaró rotundamente:

—Estáis hechos el uno para el otro; ¿no ves que os levantáis a la misma hora?

Este argumento convenció a Lucero y prometió conquistar a la hija del señor Sol, lo cual, dado su rancia estirpe y sus atractivos, lo consideraba facilísimo.

El día de la fiesta, la Vía Láctea estaba

fastuosamente adornada. En su palacio, el señor Sol acogía a sus invitados sentado en un trono de oro y rodeado de su corte de Rayos, que llevaban antorchas, iluminando así la estancia «a giorno».

La fiesta—¿cómo no?—resultó brillantísima.

Aurora estaba muy linda, vestida de rosa. La señorita Nieve llamó la atención por su belleza fina y distinguida; pero era persona poco expansiva y no tardó en descorazonar a sus adoradores con su reserva verdaderamente glacial. La señorita Brisa, siempre amable y simpática, agitó mansamente su abanico de tul para refrescar la temperatura, que resultaba un tanto excesiva.

Las Nubes estaban primorosamente ataviadas con airosos vestidos de gasa malva, blanca o gris perla. Las Estrellas estaban deslumbrantes de joyas y llevaban diademas cuajadas de brillantes.



Aurorita

La señora Lluvia desentonó un poco en la alegría general, pues se pasó la noche llorando a lágrima viva; pero sabido es que padece neurastenia crónica, y no la hicieron mucho caso; acabó por refugiarse en un rincón con su amiga, la señora Niebla, una viuda inconsolable, cubierta de velos grises.

El señor Viento, un hombre gordo y asmático, llegó resoplando, por haber tenido que subir tan alto, y se marchó volando, porque llevaba mucha prisa.

La entrada de los hermanos Tiempo—el bueno y el malo—hizo sensación, pues se llevan tan mal, que es cosa rara verlos juntos. El Buen Tiempo estuvo, como siempre, amable; pero algo soso. En cambio, el Mal Tiempo, pésimamente educado, cometió hasta la grosería de entrar cubierto en la sala de baile.

Desde el principio de la fiesta, la dulce Aurora le había echado el ojo a un Astro de una belleza y arrogancia realmente seductoras, y coqueteaba con él. En el momento en que la orquesta, muy bien dirigida por el afamado Maestro Trueno, atacó los primeros compases del rigodón, Lucero del Alba invitó a bailar a la señorita de la casa. Pero Aurorita le soltó cuatro frescas al Lucero del Alba y bailó con el Astro.

Y al terminar la fiesta se acercó a su padre y le declaró que estaba decidida a casarse con el Astro en cuestión o a renunciar al Firmamento y encerrarse para siempre en el convento de las Tinieblas.

El señor Sol, muy apurado, se apresuró a tomar informes, y se enteró de que el Astro era un príncipe extranjero de gran fortuna que se alojaba en el sumptuoso hotel de «La Osa Mayor».

Entonces reunió en torno suyo a todos

los invitados, colocó la mano de su hija en la de su futuro yerno y anunció la fecha del matrimonio, que había de celebrarse en breve.

Todo el mundo prorrumpió en vivas y aplausos atronadores; para celebrar tan fausta noticia, la orquesta atacó una marcha triunfal, y algunos Relámpagos, llenos de buen desco, organizaron preciosos fuegos artificiales, oportunamente improvisados.

Pero, ¿qué pensaba la señora Luna, en medio del alboroto y la alegría general? La rabia estuvo a punto de ahogarla, y se puso verde, lo cual era su modo de empalidecer. Para no dejar ver sus impresiones, se apresuró a eclipsarse totalmente, llevando a su sobrino, más alelado que nunca.

La solterona estaba dispuesta a vengarse y, sobre todo, a impedir la celebración de aquella boda. Pasó varios días sin poder cerrar los ojos, y cuando llegaba la noche se hallaba rendida por el cansancio y con ganas de acostarse, lo cual hubiera sido un absurdo y un contrasentido.

Una noche tuvo una idea: pidió a una Nube que la ocultase, y, secretamente, se fué a ver a un viejo, llamado Saturno, que tenía fama de ser algo brujo.

Saturno recibió muy atentamente a su noble visitante, y ésta solicitó su ayuda, prometiéndole buena recompensa si logra-



El Astro

ba vengarla e impedir que se celebrase la boda de Aurora con el Astro.

Saturno cogió un frasco, lo llenó de un elixir misterioso, pronunció ciertas palabras cabalísticas y se lo entregó a la señora Luna, afirmándole que si lograba que el novio bebiese aquello la víspera de la boda, vería cumplidos sus deseos.

La señora Luna se apresuró a regalarle tres bolsas llenas de granizos de oro, y volvió a su casa, encantada.

A todo esto, en el palacio de Oriente se trabajaba en los preparativos de la boda.

La víspera de la solemnidad, el Lucero del Alba, cómplice de su tía, sobornó a un camarero del hotel de «La Osa Mayor», donde se alojaba el Astro. El camarero echó unas gotas del elixir embriagado en un vaso de vino. Y el pobre Astro se lo bebió, ignorando el peligro que le amenazaba.

Llegó el gran día. El palacio del señor Sol estaba aún más hermoso que el día de la fiesta, y Aurorita, aún más bella; los invitados eran tantos, que no cabían en los amplios salones. El colmo de la ironía era que el señor Sol había escogido por madrina a la que él creía su mejor amiga: a la señora Luna; y ésta, deseosa de regocijarse con el cumplimiento de su venganza, había aceptado.

Todo estaba dispuesto. El famoso carro secular esperaba ante la puerta, enganchado «a la grand Daumont». Sólo faltaba el novio.

Las puertas se abrieron de par en par, y el Astro entró, radiante y hermoso, como siempre; pero apenas hubo dado dos pasos, un grito de horror y de asombro se escapó de todas las bocas: durante la noche ¡le había crecido una cola! Una cola larguísima, grotesca.

El jaleo que se armó no es para describirlo. Aurorita se desmayó en brazos de sus damas de honor; la señora Lluvia, prorrumpió en un llanto desconsolador; la señora Niebla agitaba sus grandes velos grises para dar aire a la novia; la señora Nieve, saliendo súbitamente de su reserva glacial, desgarró desesperadamente sus albas vestiduras; las Estrellas arrojaron sus coronas de brillantes al suelo; el señor Viento resoplaba como un cachalote; el Mal Tiempo le emprendió a puñetazos con todo el mundo. El pobre señor Sol se tiraba de los pelos y estaba congestionado.

Solamente la señora Luna tenía un aire triunfante y una sonrisa de irónica satisfacción en su faz redonda. Afortunadamente, en aquel momento nadie lo notó, porque si no, lo hubiera pasado muy mal.

El pobre Astro no tardó en darse cuenta de su desdicha. Entonces se abrió paso a través de los invitados y echó a correr por el Firmamento. Tales eran su pena y su vergüenza, que no ha parado todavía de andar; y aún hoy, podemos verle errante y desesperado, con su cola tras de sí.

Pero he aquí que, al fin, cundió el rumor de quién era la culpable de todo el mal. Y desde entonces, el señor Sol y la señora Luna son enemigos irreconciliables. Tanto es así, que no se pueden ver.



El Señor Sol

y cuando uno sale de su palacio, el otro se apresura a entrar en el suyo.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.



LOS GRANDES ARTISTAS EXTRANJEROS

# UNA VISITA A MAX LIEBERMANN

EN el barrio más aristocrático, más caro y más «ilustre» de Berlín; en esa *Pariserplatz* que dibuja su frío cuadrilátero entre la puerta de Brandeburgo y la Avenida de los Tilos, es decir, entre los dos lugares más universalmente conocidos del Berlín pomposo y oficial. Una casa particular, grande, burguesamente cara y que sólo se distingue de sus vecinas — Embajadas o dependencias del Estado — por la montura de cristales que denota el estudio de su piso superior. Es la casa de Max Liebermann. (Mejor dicho, del señor profesor Liebermann; pues no se nos olvidará el sobresalto de la criada que nos abrió la puerta, ni el de la persona amiga que nos acompañaba, al oírnos preguntar llanamente por el señor Liebermann. ¡Por Dios—dijonos nuestra amiga—, déle su título; si no, creerá que no le guarda consideración!)

¿Por qué hemos venido a visitar a Lie-

comprender y en ensalzar como cumplía *l'Ecole des Batignolles*; y he aquí a Max Liebermann, el importador o, mejor dicho, el traductor del impresionismo en Alemania y su Mecenaz; el que, mucho antes que los Cassirer y demás ilustres marchantes fuesen formando a orillas del Sprée sus famosas e interesadas colecciones impresionistas, fué formando con todo amor y toda comprensión la galería de los que él mismo complácese en llamar sus maestros. Por la trascendencia de esta colección y la misión que ha desempeñado con la autoridad de su dueño frente a los romanticismos rezagados de los discípulos de Böcklin y a las estrepitosas y kaiserianas vacuidades de los Menzel, así como por la inmensa repercusión de su obra propia, Max Liebermann ha sido y es, pues, todavía la figura más importante de la pintura alemana contemporánea.

Estábamos en Berlín; inaugurábase por aquellos días de la pasada primavera, en lo que fué palacio del heredero del trono, un museo moderno, cuyas principales salas constituyen el más delicado y completo homenaje que pueda rendirse a esa *Ecole des Batignolles*. Justo y natural era el hacer una visita al viejo maestro promulgador de todo un ideal de arte.

Sencillo, afable, con el trato exquisitamente cortés de lo que en otros tiempos de la Francia, por él tan querida, se llamaba un *parfait honnête homme*, sin nada que recordase al *herr professor*, Liebermann se niega a enseñarnos su estudio. «No; en mi casa no es eso lo que hay que ver; sería un sacrilegio», dice con incomparable modestia el ar-

tista mimado como ninguno. Insistimos, y accede.

Un estudio sencillísimo, tan sencillo, que no podemos por menos de asombrarnos en voz alta. Y el viejo maestro sonríe. «¡Oh! Tengo cosas bonitas, sí: telas, tapices; pero las tengo abajo, donde deben estar.»

Contemplamos un retrato de hombre, casi acabado, destacándose en el centro de la estancia. Es uno de esos retratos de un impresionismo exterior hasta la vulgaridad; una anotación de rasgos amplios, someros, apenas indicados y apenas indicadores. Uno de esos famosos retratos de Liebermann que se pagan a 5.000 duros. «Sí—dice el artista—; hago así uno, y a veces, dos por semana. Los nuevos ricos quieren todos pintarse muy caros.» Y añade, corrigiendo su ironía con un deje de tristeza: «Pero, ya

que han querido ver cosas más, miren éstas.—Y con orgullo:—Estas no son encargos.» Son, en su mayoría, apuntes, marinas, alegres escenas de playa, llenas de luz y movimiento, justificando el tríplico que la crítica hace de Liebermann, Zorn y Sorolla. Pero hay también unos grabados, unos dibujos (recordamos principalmente unas ilustraciones para una edición de lujo del «Rabino de Bacharach», de Heine) de una acuidad de visión, de una profundidad de análisis y una fuerza de carácter que nunca podrán alcanzar los que sólo han visto el juego superficial del impresionismo.

Bajamos la escalerita estrecha. Salones, salones de lujo rancio e inmovible. (Esta es la misma casa en que nació el maestro, de una de las más opulentas familias de Berlín.) Alfombras y



UN ARTISTA PRECOZ (Dibujo a pluma)

muebles suntuosos y, entre los regios tapices de las paredes, la más bonita selección que pueda darse de Renoir, de Monet, de Degas y de Manet. Las obras más célebres de estos maestros están aquí, desde el «Manejo de espárragos», de Manet, hasta las «Bailarinas descansando», de Degas. Y más salones, y más cuadros, hasta que llegamos a la última habitación, un saloncito de reducidas dimensiones, y admiramos allí el más soberbio Toulouse-Lautrec que conozcamos: una mujer de estigmas terribles, de hombros levantados y puntiagu-



CABEZA DE CAMPESINO (Museo municipal de Koenigsberg)

bermann? ¿Por qué, entre tanto artista interesante como hay en Berlín, hemos querido visitar, ante todo, precisamente a este que sabemos de sobra no muy acorde con nuestras normas estéticas y al que no admiramos tampoco en demasía? Sencillamente, porque Max Liebermann es, antes que un pintor de fama, el de mayor fama, indudablemente, y más universal de la Academia de veinte o treinta años acá—, una época completa de la pintura alemana. Y hasta casi diríamos que una época completa de la pintura.

Nadie, por poco que haya estudiado el movimiento artístico de la segunda mitad del siglo pasado, ignora que Alemania fué el primer país en adoptar el impresionismo. Lo adoptó no sólo siguiendo sus enseñanzas, que esto al fin y a la postre lo hicieron luego todas las escuelas del mundo entero, sino—y ello es mucho más importante—abriendo sus puertas, esas puertas de los museos oficiales y las galerías particulares que, durante tanto tiempo, tuvieron inexorablemente cerradas en su misma patria los gloriosos renovadores del realismo y del aire libre. Frente a todos los reproches que se pueden dirigir a su falta de originalidad y de carácter propios, el arte alemán puede oponer el mérito, el gran mérito, de haber sido el primero en



JOVEN COSTURERA (Dibujo a pluma)



NIÑA LEYENDO (Galería Nacional de Berlín)

dos, hasta dar la sensación de que van a horadar la tela del traje, con una boca que parece cortada con un cuchillo, unos ojos acostumbrados al ajenjo, y, en el regazo, un perrito de lanas que da escalofríos. No; no hemos visto otra obra tan impresionante como este dibujo hecho sobre un pedazo de cartón, que debe de ser un pedazo de alguna sombrerera. «Sí; es una obra única—dice Liebermann—; ya hace mucho que la tengo salvada de los marchantes. Pero no tengo sólo eso.» Y ante nuestros ojos, maravillados, abre los cajones de un mueblecito atestado de dibujos de Lantrec y de Daumier. «El amor verdadero no espera a la moda—añade, riendo. Y de pronto: «Pero ya no quiero saber nada de allá, nada. Quisiera poder quitar mis cuadros del Luxemburgo, del museo de Bruselas. ¡Hasta a mí mismo me han calumniado!» Está indignado, casi apoplético, y de repente vuelve a su tono de hombre de mundo. Y acariciando una rosa—lujo supremo en este Berlín aun casi invernal de la post-guerra—, una rosa que agoniza sola encima del piano, en un francés muy *vieja Francia* y muy *salon rouge*, dícenos, ofreciéndonos la flor galantemente: «Ve usted, señora: esta es la obra más hermosa de mi colección.»

Margarita NELKEN



UNA ALDEA HOLANDESA (Museo provincial de Hannover)



RECUERDOS DE ITALIA

# EL POETA "TRILUSSA"

El solio máximo de la lírica italiana, que quedó vacante el día que D'Annunzio trocó el liberal ejercicio de las letras por el más complicado oficio de las armas, a nadie correspondía, por fuera de la inspiración, con más derecho que a Trilussa.

Trilussa se había desposado con las rimas cuando todavía frecuentaba los bancos de la escuela. Sus primeros versos nacieron en el margen de sus cuadernos de escritura o en la página anversa de la anteporta de sus libros de estudio. La ironía ya apuntaba clara y precisa y las imágenes ya se destacaban espontáneas y bizarras; pero la métrica era casi tan bolchevista como el acerbo espiritual del poeta. Trilussa—transparente anagrama del prócer apellidado Salustri—, desde el regazo de la madre, aprendió que la libertad es el blasón más preclaro del hombre. Y de la libertad hizo un culto. Todavía niño, se escapaba del hogar de sus mayores, en donde vivía entre el mimo y el regalo, para contemplar a solas, libre de criados y de tutores, el ocaso del Sol desde las alturas del monte Janículo o para pasear una noche de luna a lo largo del Tiber... Ya mozo, nada ni nada le sujetó: fué periodista, y un buen día, a impulsos de su capricho, se emancipó de la mesa de redacción, causando un verdadero pesar a su director Giggi Lanazza, que amaba su musa alegre y retozona; más tarde, con gracioso y altivo gesto, sentido y realizado como de esclavo que rompe las cadenas, dejó el establecimiento editorial de Eduardo Perrino. Habían aparecido en diarios y revistas varias composiciones suyas y sabía que un grupo muy numeroso de admiradores le esperaba en la calle. El poeta ya se daba cuenta de que las alas de la imaginación no tienen vuelo tan limitado como las del águila, y nada logró abatirle cuando salió, libre, a dejar volar la inspiración en el horizonte inmenso bañado de sol.

Con los primeros versos conquistó Trilussa la simpatía del pueblo que, hallando en su estro algo así como el eco íntimo de sus penas y de sus amarguras, le aclamó su poeta. Pero también esos primeros versos le proporcionaron muy serios disgustos. Fué la causa de uno de ellos cierto soneto «disparado» contra Luis Lodi, director entonces de *Don Quijote*. Lodi y Trilussa sostuvieron en plena calle un diálogo tan ingenioso como agresivo, que hubiera podido tener lamentables consecuencias a no haber terminado con fortuna algunos amigos de ambos ilustres contendientes... A partir de estos hechos la lucha por la notoriedad no fué ruda, y la aparición de un volumen de «Sonetos» le depuró la victoria decisiva. Muchos de ellos, que iban derechos a condenar vicios sociales e hipocresías en circulación, se comenzaron a recitar de memoria en los cenáculos literarios y luego, entre burlas y risas, se leían en los cafés y en las reuniones de la mesocracia, y en seguida pasaron a ser del dominio del pueblo, que a la vez se divertía y conmovía con las rimas sonoras y rotundas del poeta.

El humorismo de los versos de Trilussa en esta primera época—hemos de dejar aparte aquellas producciones que fueron compuestas para contener un ataque personal—no es acre ni desentonado. Puede decirse que es el fiel reflejo de su vida... Pródigo de su ingenio y de su dinero, va dejando en cada día el aroma de su poesía junto con el de alguna buena acción. Los amigos necesitados, los jóvenes es-

critores que luchan por la conquista de la notoriedad, cuantos con él hacen del verso su arrogante blasón, tienen el más fuerte sostén y el más decidido amparo en Trilussa. Y Trilussa, para dar, para socorrer, no abre la gaveta y saca algo de las rentas pingües de un fabuloso capital, porque Trilussa no tiene palacios, ni predios, ni rentas..., mas que las que le proporciona la mina inagotable de su ingenio. A veces, para aplacar el hambre de un desdichado o contener el desahucio con que amenazaban el hogar de un amigo, ha tenido que inmolarse en la tienda del prestamista alguna de las sortijas que lleva en las manos. El autor de *Favole* fué también víctima, en sus comienzos, de la rapacidad de desaprensivos editores y luchó con logrereros y numularios sin conciencia... Pocos días después de conocerla le encontré en la calle. Le pregunté, emparejándome a él:

—¿A dónde va, Trilussa?

Y me respondió:

—A llevarle este libro a un usurero. Yo me considero su víctima, aunque él cree que es mi favorecedor...

Hojeo el volumen. Sobre la primera página está la dedicatoria; la leo; dice: «*Ad Isacco di David, Spizzichino, che con tanto interesse...*», etc., etc.

Trilussa nunca, ni en los momentos de duelos y quebrantos, ni cuando fué víctima de las fatalidades del dolor y probó la acidez de la injusticia, perdió la serenidad. Su serenidad es la calma del fuerte.

¿Cómo vive hoy Trilussa, el sucesor de D'Annunzio en el fervor popular? Trilussa, como D'Annunzio, también es un poco panorámico y tiene mucho de espectacular... Trilussa vive en un pequeño palacete, casi aislado, a pesar de hallarse en el centro de un aristocrático barrio. Este pequeño palacete es digno de que se le dediquen unas líneas, porque parece que cuanto allí existe el poeta lo ha hecho y lo ha centrado, y es tanto su ambiente a él como él es a su ambiente. En un enorme salón, desde cuyos balcones se divisa media Roma, se concilia la severidad de la biblioteca con el interés del jardín zoológico; la seducción morbida del estudio con la religiosidad del negocio de un anticuario inteligente. Todo se funde a maravilla en el más extravagante desorden: libros, juguetes, *samowars*, fragmentos de esculturas, abanicos antiquísimos, elegantes y finos búcaros en donde los tallos de las flores parecen espiritualizarse; los muebles son de varios estilos y son los más clásicos de varios países; y, ocupando parte del ámbito de la estancia, se ven un topo, una gacela, un lobo, una garza, un cocodrilo, algunos gatos y bastantes perros; todo un mundo embalsamado, que es como una lección de moral para los hombres cuando Trilussa los hace intérpretes de sus fábulas o dicen en versos perfectos lo que el poeta no se atreve a poner en boca de seres conscientes.

Trilussa, noctámbulo impenitente, después de haber pasado la noche en la alegre compañía de amigos, de pintores, de compañeros de letras, mientras las campanas de las cuatrocientas iglesias de Roma inician el preludio del tercer acto de *Tosca* y los gallos se despiden de las estrellas, aplaca su apetito mañanero en cualquier *trattoria* del Trastevere, y luego regresa a su casa. En aquellas horas su jardín zoológico adquiere nueva vida, a la difusa claridad del día que

nace. La brisa matutina da un aire suave a las cosas... Entonces Trilussa trabaja con ardor, como si en minutos quisiera ganar días perdidos, y siempre lo consigue, porque el adjetivo le obedece y el consonante le es dócil.

Como D'Annunzio—pobre nieto de Icaro, tan desdeñosamente tratado por Martel—, es Trilussa un gran amador. Su gabinete de estudio está lleno de retratos femeninos—actrices, artistas de cinematógrafo, patricias romanas—, con incendiarias dedicatorias. A Trilussa le aman, pero él no ama a ninguna. Tiene acerca del amor una idea un poco amorosa, pero muy de acuerdo con el sentimiento moderno. Sabe que las mujeres todas son iguales, porque son mujeres, y que a las mujeres no se las debe crear demasiado. Trilussa, en sus versos, se descubre gran admirador de las mujeres, como seres humanos del sexo contrario, por sus líneas tentadoras, por su belleza plástica; de su sentimiento y de su pensamiento tiene el poeta un concepto precario.

La vida de Trilussa está en su obra, ya copiosa. En sus poesías se transpa-

renta cuanto le sucede en el correr de los días y... de las noches. Sensible, como todo exquisito escritor, a cuanto vive en torno suyo, le hieren los vicios morales y las hipocresías en circulación, y siente piedad por el miserable y repugnancia por el malvado, y tiene desdén en la sonrisa y dicacidad en los labios para todos los que, como sus animales disecados, en el sitio donde late el corazón tienen un poco de paja y la cabeza llena de serrín.

A veces, cuando el poeta trabaja frente a su jardín zoológico, débilmente iluminado por la luz difusa del alba, ha de pensar, teniendo la mano puesta en la mejilla y la mirada errante a la casualidad, que aunque nada en la vida es perfecto, los seres racionales son de lo más imperfecto que existe...

Trilussa es romano, un perfecto romano, por el instinto y por el genio, con un vigor extraordinario en las dos grandes líneas naturales: la materia y el espíritu.

Luciano DE TAXONERA

## IMPRESIONES DE UN LECTOR

# VARIOS LIBROS

Se ha publicado el tomo III de la serie *España vista por los extranjeros*, seleccionado por J. García Mercadal. Comprende relaciones de viajeros y embajadores que vinieron a nuestro país en el siglo XVII. Es lectura amenísima, llena de sugerencias. Confrontando esos testimonios vivos con la petrificación de la Historia oficial, tan solemne, tan insincera, creo que el anverso de la historia se encuentra en esas páginas centelleantes y vividas; y el reverso, en la Historia oficial, palaciega, dorada, doméstica al servicio de la razón de Estado y acomodada al uso del eterno Delfín: el pueblo. Claro está que esas notas fragmentarias están llenas de observaciones apresuradas y erróneas, a veces de interesadas exageraciones, dictadas por la pasión o por el odio extranjero; la calumnia es una de las más viejas armas de guerra. Pero el talento del lector consiste en inducir la verdad entre las opuestas versiones, sin olvidar nunca que la llamada versión oficial es una constante falsificación interesada de la Historia.

El siglo XVII está considerado, vulgarmente, como aquel en que España alcanzó su más aguda caracterización. Ese volumen comprende, singularmente, el extracto de las famosas Memorias de Madame d'Aulnoy, a las que dedicó Taine un interesante estudio, coleccionado en sus *Essais de Critique et d'Histoire*.

Dejadme copiar, como nota final, esta página de otras Memorias, las del marqués de Villars, que vino a España tres veces, a fines del siglo XVII. Describe el auto de fe celebrado en Madrid el 30 de junio de 1680, que duró desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche, y añade: «La noche siguiente, los que estaban condenados al fuego fueron quemados fuera de la villa (aquel día eran 18), sobre un terreno elevado expresamente, donde aquellos miserables, antes de ser ejecutados, hubieron de sufrir miles de tormentos; hasta los frailes que los asistían los quemaban poco a poco, con antorchas, para hacerlos convertir. Varias personas que estaban subidas sobre el terreno les daban estocadas, y el pueblo los apedreaba.»

Julio Gómez de la Serna acaba de añadir dos volúmenes más a sus traduccio-

nes de Rémy de Gourmont, uno de ellos precedido de un largo prólogo de Ramón Gómez de la Serna, evocación de Gourmont por la ágil, pródiga y funambulesca fantasía de nuestro amigo. Los dos volúmenes pertenecen a la modalidad immoralista del autor. El ingenio francés—propriamente el *esprit*—ha producido en los últimos tiempos dos caracterizados epicúreos: Gourmont y France; pero el Epicuro de aquél no es el que la posteridad vindicó de las interpretaciones crudamente materialistas. Nada de placidez contemplativa e irónica: Gourmont no teme llegar al sarcasmo, al escándalo para las conciencias incautas. Yo creo que hay dos clases de grandes escritores: los unos despiertan o suscitan inquietudes; los otros las aplacan. Confieso preferir a los primeros. Gourmont pertenece a los últimos. Fué un *blasé* (no lo digo en francés por petulancia, ni por incapacidad de dar en castellano una aproximación de concepto, sino porque, dejando en francés aquella palabra, conserva su naturaleza conacional con el autor que califica, y así su matiz permanece más intacto). Hay algo de senilidad sedienta en las paradojas de Gourmont, que recuerdan precisamente la senilidad enfusa que conservó siempre el cuerpo rejuvenecido de Faust: «La sabiduría humana consiste en vivir como si no debiera uno nunca morir, y en coger el minuto presente como si debiera ser eterno... La virtud consiste en ser feliz... La verdad es una ilusión y la ilusión es una verdad... El mundo es lo que le haces tú ser... Hubiese podido decirte todo lo contrario, sin que por eso dejase de ser la verdad...»

malabarista con verdades opuestas entre sí, a modo de antorchas que danzan en torno a nuestra cabeza, sino en ofrecer su vida y su pensamiento como for-

Gourmont es el immoralismo epicúreo, como Nietzsche fué el immoralismo estoico (guardando, naturalmente, todas las proporciones de grandeza en favor del pensador germánico). Pero confieso que la superioridad de un hombre no consiste, para mí, en jugar a ser como un mas de belleza y de bien. No olvidemos que la Ciencia del Arbol genealógico era la Ciencia del Bien y del Mal...



## LECTURAS

Rápidamente he leído también tres nuevas obras dramáticas añadidas a la colección de Teatro selecto contemporáneo editada por la Biblioteca Nueva. He dicho rápidamente, porque he querido profundir en mi lectura, todo lo posible, el carácter impresionista y plástico de la representación.

Uno de esos dramas es de Björnson: *Laboremus*, traducción de Díez Canedo. No me parece obra de gran intensidad ni de fuerte sugestión. Prefiero al otro Björnson, el de las rebeldías, el de la lucha; en una palabra, el *agonista*, el trágico. En cuanto a su afirmación de que la literatura individualista ha concluido ya su misión, me parece tan absurda como si se dijera que terminó el período de la lírica. Para mí, toda poesía es individualista, aunque su asunto sea colectivo, épico. Me atrevería a decir más: toda poesía es romántica y se vuelve clásica por la adaptación de la posteridad a los modelos inmortales, que no obedecen a normas, sino que las crean. Todo iniciador es, a su modo, un romántico. ¿No fué, por ejemplo, Esquilo un romántico exaltado? Su héroe más simbólico, Prometeo, ¿no es el padre de todos los románticos? Orestes y Edipo, ¿no engendran una estirpe romántica, que recogió Shakespeare?

El impulso romántico inicial se torna después norma clásica, exactamente lo mismo que la visión de un profeta se plasma luego en el organismo de las religiones.

Otro de esos dramas es *La Huelga*, título con que Luis Araquistáin ha traducido *Strife*, de John Galsworthy. Drama vivamente realista. Su información y latente verdad es ésta: en la lucha social combaten dos inferioridades colectivas: la una, embrutecida por la codicia, y la otra, por el hambre. Pero las fuertes intransigencias opuestas pueden llegar a respetarse mutuamente, por encima del desfallecimiento de las turbas adversas entre sí. «Yo contaba con usted», dice el luchador obrero al jefe patronal, inexorable, cuando ve que una transacción ha terminado la huelga encarnizada, en la cual ha visto morir de hambre y frío a su mujer.» En cierto modo, este drama es la inversión del tema de *Los malos pastores*, de Mirbeau. Transcribo una frase magnífica, puesta en boca de un consejero de Administración: «Me parece que no debemos basar

nuestra conducta en cosas de lujo como el sentimiento.»

El otro drama es de Leónidas Andriev: *Hacia las estrellas*, traducción de N. Tasin. Gran fuerza de sombría sugestión. La verdadera tragedia acontece más allá del escenario: en la sangrienta realidad, y no en la representación. El gigantesco anhelo de la liberación eslava palpita en el fondo; la escena se sitúa en uas alturas simbólicas, en un observatorio astronómico sobre la bruma y la nieve eterna. El protagonista, que ha levantado su alma por encima de las miserias y los dolores, recuerda un poco a Juan Gabriel Borkmann, vencido también—¡oh, sombra quijotesca!—por la realidad. Allá lejos cae el hijo, coronado de juventud y rebeldía: la tortura le sumerge en la vesania; la locura, menos piadosa que la muerte, viene a libertarlo de sus verdugos.

En todo el drama hay un recio afán de dominar lo real por el fuego de la idealidad: el protagonista lo quiere lograr abstrayéndose, viviendo en el diálogo con los astros, en la interrogación sin límites de la noche; «a su conjuro, surge de las sombras arcanas, trémulo, el misterio». Otros quieren lograrlo por la acción, no ya por la contemplación egoísta; por la acción exaltada hasta el sacrificio y la ofrenda de sí mismos: «La tierra es como cera entre las manos del hombre; hay que moldearla, darle nuevas formas. Y siempre adelante. Si un muro intercepta el camino, se le derriba; si una montaña nos cierra el paso, se la aparta; si un abismo se abre a nuestros pies, se vuela por encima, y si uno no tiene alas, se las crea. Si el Sol se apaga, se hará arder uno nuevo.» Son corazones torturados por sí mismos y por los demás, y que encierran «todo el dolor del mundo».

¡Ah, Rusia, Rusia! También ella, en su corazón, lleva todo el dolor de la Humanidad...

Gabriel ALOMAR

Primorosamente editado, acaba de ponerse a la venta un interesantísimo boceto de comedia, en dos actos, titulado *Los caminos de la vida* y firmado por Ana Ryus.

La acción de la obra se desarrolla en un dulce y sereno ambiente conventual, y se advierten en ella atisbos felicísimos de observación, delicadezas nada comunes, y una orientación espiritual tan noble y atrayente, que bien se puede asegurar que, cuando la comedia pase del libro a la escena, habrá de traducirse en un franco éxito la impresión gratísima que produce su lectura.

La pulcra y selectísima Biblioteca Estrella ha emprendido con verdadero gusto editorial la publicación de las *Obras completas* del ilustre Martínez Sierra.

La hermosa colección comprende hasta ahora los siguientes volúmenes: *Tú eres la paz*.—*Cartas a las mujeres de España*.—*Abril melancólico*.—*Feminismo, feminidad, españolismo*.—*Granada* (guía emocional).—*Motivos*.—*La feria de Neuilly*.—*El peregrino ilusionado*.—*Canción de cuna*.—*Primavera en otoño y Lirio entre espinas*.—*Mamá, Madrigal y El pobrecito Juan*.—*Amanecer*.—*Las golondrinas y El ideal*.

Algunos de los tomos llevan bellísimas ilustraciones de Barradas y de Laura Albéniz, y la lujosa serie de volúmenes constituye un conjunto digno de la magnífica labor literaria del autor de *Sol de la tarde*.

Acaba de publicarse en castellano la notable obra de E. Serván *El ejemplo americano*, en la cual, sin mayor esfuerzo, gracias a la forma atrayente en que está escrita, puede el lector asimilarse la enseñanza que se desprende de los métodos de acción y de trabajo que

en dicha obra se hallan sintetizados, supliendo las pesadas disquisiciones de abstracta pedagogía por sugestivas deducciones, llenas de sano humor y buen sentido.

La Casa E. Chiron, de París, ha publicado *Aux pays occupés*, por Jean Renaud.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17.—Ayala, 60.



**=GOTAS=**  
**NEUROSTÉNICAS**  
**FOSFORADAS**  
**— GENOVÉ —**

ALIMENTO DEL CEREBRO  
VALIOSO TÓNICO DE LOS NERVIOS  
MEDICAMENTO DE ACCIÓN RÁPIDA  
Y EFICAZ EN LA NEURASTENIA,  
ESTADOS MELANCOLICOS,  
JAQUECAS, AFECCIONES  
NERVIOSAS, IMPOTENCIA ETC.  
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS.



# AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

**BÓVEDA (LUGO)**

Ayuntamiento de Madrid



# CALLOS

Si sufre usted de los pies  
es porque quiere. Compre  
hoy un tarro del patentado

# UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-  
ted libre de callos y du-  
rezas, juanetes y ojos de  
gallo. Pruébalo y quedará  
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



# FÁBRICA DE RELOJES

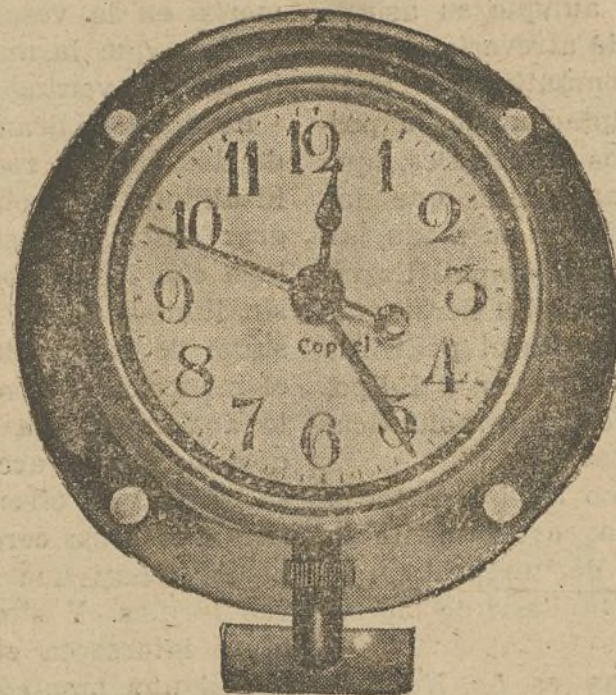
DE

# CARLOS COPPEL

MADRID

Fuencarral, núm. 27.

RELOJ ESPECIAL PARA AUTOMÓVIL



Certificado de  
garantía con ca-  
da reloj.

Venta al por ma-  
yor y menor. Re-  
mesas a provin-  
cias.

Con esfera blanca..... 75 pesetas.  
luminosa por radio..... 90

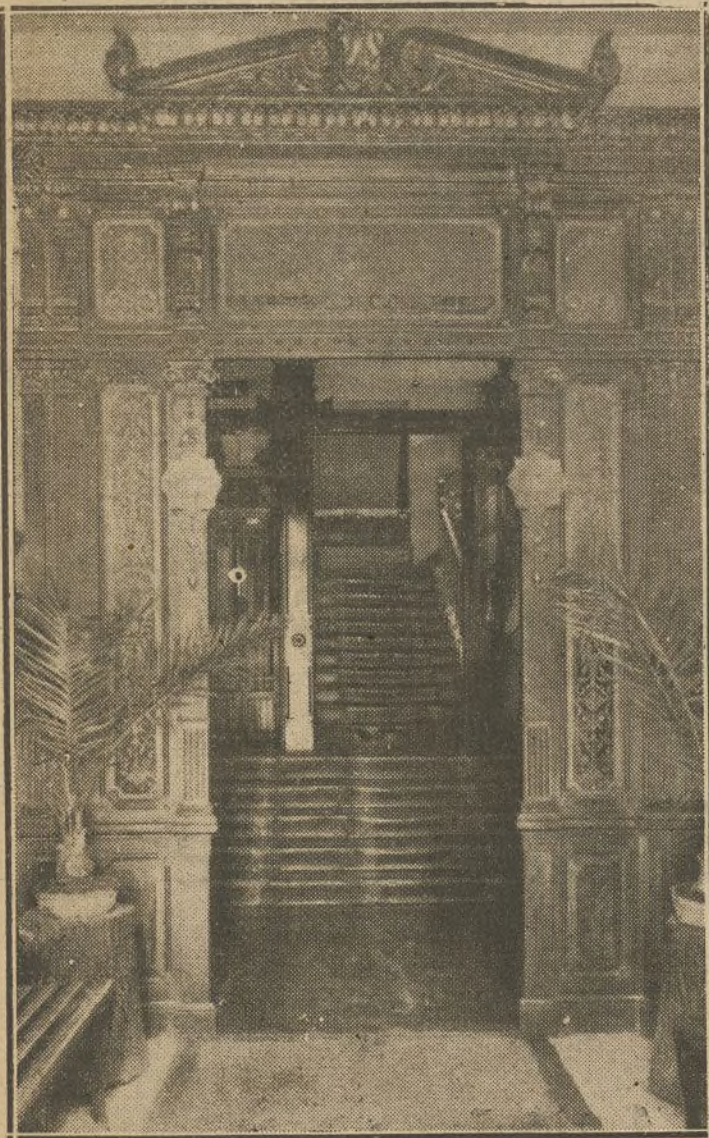
Caja de metal blanco, niquelada, con esfera de 7 centímetros de diámetro y máquina  
fina de escape áncora, de marcha exacta; cuerda para OCHO días.

Carlos Coppel. MADRID Calle de Fuencarral, núm. 27.

# GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.  
Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.  
Dormitorios de lujo inusitado.—Brasserie en el Hotel.—Orquesta en el espléndido Hall.—Salas de baño.  
Teléfonos urbanos e interurbanos.—Salas de lectura.—Biblioteca.—Cocina de primer orden.—Servicio  
completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

# ¡EUREKA!!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

# J. SEGURA

FOTÓGRAFO

Teléfono M. 4.152.

4, Puerta del Sol, 4.

Talleres tipográficos de EL IMPARCIAL.—Duque de Alba, 4.—MADRID